

Crimen organizado desplaza a policías

GABRIELA MARTÍNEZ
Corresponsal
—estados@eluniversal.com.mx

Tijuana.— “Ser policía es casi una sentencia de muerte”, dice Alicia, quien trabajaba como custodia en un penal de Michoacán y tuvo que huir de las amenazas del crimen organizado; hoy vive en Tijuana.

No es el único caso. En los últimos tres meses, al menos 10 expolicías de varios estados, entre ellos un exelemento de la Guardia Nacional, se encuentran en un albergue de Tijuana. No quieren ser asesinados o ser reclutados por criminales.

Alicia dejó su trabajo porque los presos la presionaban para que les permitiera meter droga. Ella y su hermano fueron levantados por el grupo armado que operaba en la región. Los golpearon y les decían que los iban a mandar a entrenar.

| ESTADOS | A22

10

AGENTES, entre ellos uno de la Guardia Nacional, han huido de la violencia en los últimos 3 meses.

CRÓNICA INSEGURIDAD

“Ser policía es una sentencia de muerte”

Alicia era custodia en un penal de Michoacán, ante amenazas de la delincuencia **tuvo que huir hacia Tijuana y buscar asilo en EU**; elementos huyen de la violencia en cuatro estados

GABRIELA MARTÍNEZ
Corresponsal



Tijuana.— Alicia toma su celular y busca una de las fotografías que la llevan a un tiempo en el que fue feliz; un par de lágrimas se le escapan al verse en su uniforme azul marino que usaba cuando era custodia de un penal en Michoacán.

Hace casi un año que dejó de portarlo para salvar su vida y la de su familia: Alicia es una exfiscal desplazada por el crimen organizado. Llegó a Tijuana para pedir asilo en Estados Unidos.

Desde que halló la imagen no deja de mirarse; en la foto sonrío, sus ojos verdes apenas se asoman debajo del sombrero y el arma, colocada a su lado, casi le alcanza la mitad del cuerpo.

“Yo era muy buena en lo que hacía, tenía vocación”, cuenta Alicia desde una habitación, en el tercer piso de un templo cristiano convertido en albergue para migrantes, en Tijuana.

“Ser policía es casi una sentencia de muerte. Mientras la maña se esconde, uno está obligado a identificarse; nosotros portamos con orgullo el uniforme que nos expone, no es justo”, lamenta.

Durante los últimos tres meses, al menos 10 policías, entre ellos un elemento de la Guardia Nacional, han escapado de la violencia de estados como Guanajuato, Guerrero, Michoacán, e incluso dos municipios de Baja California, para evitar la muerte o, peor, ser reclutados por los grupos del crimen organizado.

Alicia cuenta que tuvo que dejar su trabajo porque los internos del penal la presionaban para que los dejara recibir drogas, como hacían otros custodios. “De qué sirve que haya hecho todo bien, si con uno [de los custodios] que lo haga mal, ellos [los internos] se sienten con el derecho de ordenarme qué hacer”, dice. Eso no fue lo peor, el grupo criminal que opera en su comunidad la secuestró: no la privó de su libertad para asesinarla, sino para obligarla a trabajar para ellos.

En enero de 2020, había dejado el sistema penitenciario y para junio hombres armados llegaron al lugar que fue su hogar y, frente a su sobrino, se llevaron a César, su hermano, y a ella.

“Primero tocaron el timbre”, recuerda. Luego, al abrirles la puerta, no alcanzaron a decir una

sola palabra cuando ya estaban todos dentro de la casa y les ordenaron subir a una camioneta mientras enseñaban una de sus armas. Subieron. Una capucha y la orden de no subir la mirada, del lugar lo único que recuerda era el frío. Aunque no vio nada, está segura de que era algún lugar en lo alto de algún cerro.

“Los vamos a mandar a entrenar”, les advertían mientras lanzaban el primer golpe, unos en la cabeza y otros donde el puño aterrizara, cuenta Alicia.

“Yo no les entendía mucho, pero me decían que nos íbamos a ir y ellos iban a ir por nosotros, dije que sí, si alguien te apunta con un arma, ¿qué les dices?”, agrega.

Desde ese momento empezó su plan para escapar con toda su familia. Durante las primeras semanas permitió que hombres armados la siguieran a ella y también a su hermano.

A veces las camionetas simplemente se estacionaban afuera de su casa, donde vivía su mamá, sus hijos y su sobrino.

El plan nunca fue huir en autobús, pues el control es tal, dice, que hubieran parado el camión y hubieran quemado a todos los que iban dentro.

Tuvieron paciencia y esperaron hasta que un día los dejaron de seguir, entonces se fueron en avión rumbo al norte.

El refugio de los expolicías

El director del albergue —que por seguridad no será identificado— explica que sólo a su refugio han llegado alrededor de 10 elementos de las fuerzas de seguridad, casi todos son policías, pero también hay de la Guardia Nacional.

Escapan, detalla, porque nadie más los protege, aun cuando terminan en las filas del crimen organizado, tampoco es garantía de poder sobrevivir. “Llegan y los colocamos en un espacio especial que no está dentro del albergue”, dice el activista y pastor.

“Era antes un departamento que era mío, pero que ante la necesidad ahora está habilitado para que puedan estar ellos o si vienen con sus familias”, explica.

Un grupo de niños juega en el patio del albergue, en la cima de una meseta, enclavado en la zona oeste de Tijuana, desde donde

puede verse, en días claros, el mar del océano Pacífico. Los menores corren de un lado a otro y estallan en risas, como si días o semanas antes no hubieran tenido que dejar su hogar.

Pero el sobrino de Alicia y sus hijos no, ellos no patean el balón ni corren con el resto. Están sentados en un sillón guardado en el tercer piso del edificio, escuchan una vez más la historia que los trajo a una ciudad que no conocían y que los arrancó de su escuela y de la vida que hasta ese entonces conocían.

Alicia y su madre —quien también la acompañó— rompen en llanto cuando reviven las amenazas. No sólo aquellas que sufrieron ella y su hermano, sino las que le hicieron perder a su hermana, desaparecida desde hace meses, de nuevo, a manos del crimen organizado.

Alicia espera que su familia pueda tener futuro en Estados Unidos, lejos de las amenazas.

“¿Se imagina? Yo no me quería ir [de Michoacán], yo quería quedarme. Mi jefe en el penal me dio una recomendación por si algún día quería regresar, pero ¿así cómo? Si me desaparecieron a mi hermana, mi mamá casi se muere de la tristeza y a mi hermano y a mí casi nos matan”. ●

ALICIA

Exfiscal de un penal

“Mientras la maña se esconde, uno [que es policía] está obligado a identificarse; nosotros portamos con orgullo el uniforme que nos expone, no es justo”

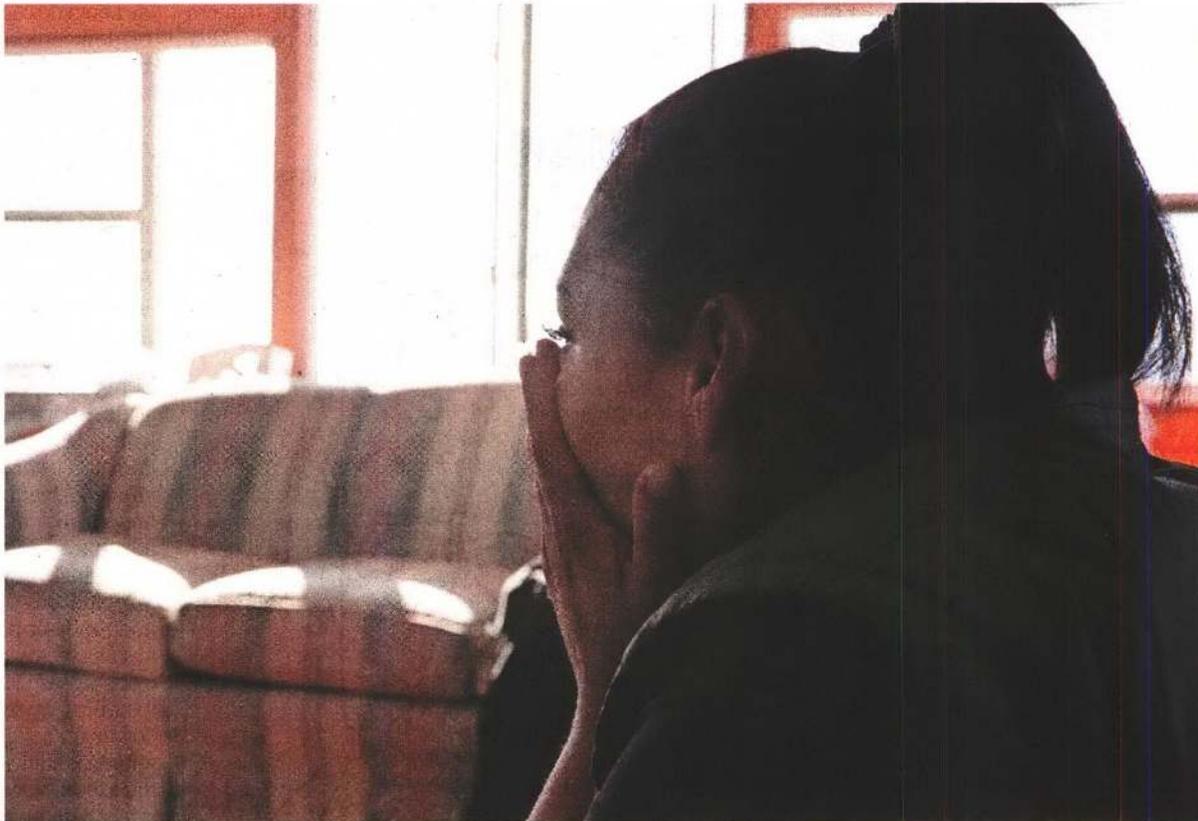
10



**ELEMEN-
TOS DE
SEGURIDAD**
han dejado
sus hogares
debido a
amenazas de
grupos
delictivos.



La exoficial vive ahora con su familia en un albergue ubicado en Tijuana. Su hermana está desaparecida.



FOTOS: AIMEE MELO. EL UNIVERSAL

Alicia y su hermano fueron secuestrados por un grupo armado. Los sujetos querían que trabajaran para la delincuencia.

